

Libros

DEL MORFINISMO AL PASOTISMO

Enrique González Duro es un psiquiatra joven que siempre, en sus actividades profesionales, se ha caracterizado por la más absoluta honradez y por un sentido de la crítica —crítica de la misma psiquiatría y de su propio trabajo dentro de ella— que le ha llevado a adoptar posturas y puntos de vista considerados aquí como profundamente radicales, cuando no subversivos. Entre ellas, podemos recordar la experiencia del «Hospital de Día» para psiquiatrizados, dentro de la sección de psiquiatría del Hospital Provincial Francisco Franco; experiencia que se encontró con innumerables dificultades en su realización, y cuyo principal intento consistía en cambiar las relaciones médico-paciente, desjerarquizándolas, al tiempo que llevaba a la práctica algunas de las últimas teorías sobre las supuestas enfermedades mentales. Ahora, González Duro nos ofrece un libro interesantísimo, que lleva por título «Consumo de drogas en España» (1).

El libro es, ante todo, una visión lúcida y clara del problema de las drogas en general, desde el punto de vista de un psiquiatra en el ejercicio de su profesión: visión, claro está, necesariamente parcial y poco completa, pero que no cae en el reaccionarismo habitual en los miembros de esa casta represora al tratar de tales temas. Se trata de un intento razonado y razonable —quizá el primero aquí, al menos que yo conozca— de hacer una historia del consumo de drogas en nuestro país desde 1940 hasta ahora. El trabajo de González Duro se basa en 412 historias clínicas que figuran en los archivos del Hospital Provincial de Madrid, y también en su experiencia personal en este tipo de casos. Ha consultado, además, una amplia y completísima bibliografía.

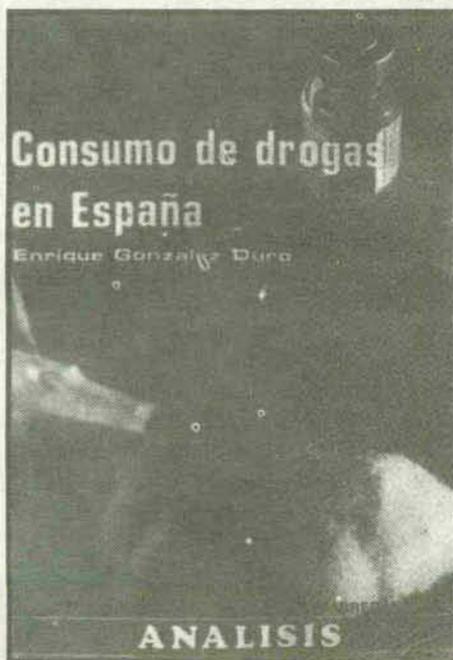
Nuestro psiquiatra adopta para el estudio del tema un punto de vista marcadamente progresista: se plantea el

problema de la adicción a las drogas —o, más bien, de la llamada adicción a las llamadas drogas, pues en muchos casos estas dos etiquetas se aplican de una manera equivocada y abusiva— como un efecto más de las contradicciones del sistema social que padecemos, y en íntima y directa relación con la lucha de clases. Y, desde luego, se puede estar en gran medida de acuerdo con él; el problema de un morfinómano de la clase media nada tiene que ver con el del grifota legionario perteneciente al lumpen; y no es el tipo de producto empleado el que define la diferencia, sino el enfoque con que tal producto se consume, el medio social del usuario, las posibilidades que encuentre para conseguirlo, etc.

También podemos estar de acuerdo con él en que la inflación de noticias sobre las drogas —las drogas, siempre en general, sin especificar cuáles, son protagonistas continuas de sueltos, gacetillas y reportajes—, y el haberlas clasificado como uno de los cuatro jinetes del Apocalipsis, según frase, me parece, del inefable Dr. Llaveró, son una especie de nube de humo que sirve para ocultar problemas mucho más graves y dignos de atención; entre ellos, las verdaderas causas que generan este fenómeno múltiple, complejo y enrevesado del uso, consumo y adicción a las distintas drogas que hay en el mundo.

González Duro no hace, para hablar con propiedad, una auténtica historia del uso de drogas en España; casi no habla, por ejemplo, del alcoholismo, nuestra endémica adicción, quizás la más grave y más extendida desde siempre. Su libro tiene un enfoque socio-psiquiátrico, más que histórico. Aporta, sin embargo, datos muy interesantes para el estudioso de la historia de la España contemporánea. Cuando nos habla del problema que supuso el incremento de la morfinomanía en la inmediata postguerra —aunque ese problema ya se producía desde los años 20—, muestra una de las consecuencias menos conocidas, e incluso más ocultas por la España oficial, de la contienda: el caso de médicos y ex combatientes que recetan y se aplican morfina para combatir dolores causados por las heridas, o simplemente la angustia, el hambre y el miedo de vivir en un país destruido e inseguro, al amparo de una legislación que todavía no estaba nada clara en ese sentido. Igualmente, habla del caso de los grifotas: ex legionarios en su mayoría, o pertenecientes al lumpen urbano, que se encuentran con la grifa —o el kif, como se prefiera llamarlo— al entrar en contacto con el mundo marroquí. La grifa es una droga menor, sin mucha importancia en sí misma; sin embargo, empleada por personas que tratan de escapar a una situación opresiva, extraída de su contexto cultural, aculturada en cierto sentido, y mezclada con alcohol, crea graves problemas a quien la utiliza y a la sociedad donde se mueve.

Pasa luego González Duro a estudiar el incremento que tuvo el uso de las drogas —especialmente alucinógenos de tipo LSD, o bien haschisch, pero también fármacos de todo tipo— en los jóvenes de clase media, en los años sesenta. Ahí es precisamente donde empezó el problema a nivel policiaco y legal: la sociedad empezó a alarmarse cuando la droga ya no era empleada solamente por elementos marginales o por enfermos crónicos, sino por gentes de la clase media y media alta: se vio entonces amenazada directamente en su propia carne, en su propio medio, y empezó a reaccionar del único medio que sabía: empleando la represión, el castigo y el terror. Esta



(1) Editorial Villalar. Colección Análisis.

situación de represión se vio incrementada al identificar el aparato represivo, equivocadamente o no, a los consumidores de alucinógenos y otras yerbas con movimientos y grupos contestatarios de toda índole.

El fenómeno del pasotismo —palabra de la que tanto se ha abusado, y que tan poco significa— viene a ser como el último capítulo de estos cuarenta años de consumo de drogas: el llamado pasota, desencantado y asqueado no solamente del proceso político en el que se encuentra involucrado sin comerlo ni beberlo, sino de toda la dura, agresiva y conflictiva realidad en la que está inmerso, e incapaz de solucionar de una manera efectiva los problemas que le aquejan, encuentra en las drogas —y esta vez no en los alucinógenos y en las drogas menores, sino en la heroína y en sus múltiples derivados y sustitutos— un refugio, una especie de coraza a la vez física y moral donde cree sentirse seguro. Pasa de todo, que es algo muy parecido a la muerte.

Lúcido, claro y no muy bien escrito es el libro de González Duro: un intento sobrio, honesto y nada alarmista de explicar las raíces de un problema que es más social que médico. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

UN CLASICO PARCIAL MENTE REDIVIVO

Si la visión histórica de la Revolución Francesa ha evolucionado, lo ha hecho acompañando al proceso de desarrollo del pensamiento histórico; si en muchos de sus momentos historiográficos ha caído en la «trampa ideológica», ello se debe a los inevitables riesgos que comporta la reconstrucción del pasado a partir de ciertas aspiraciones del presente. Existen, en la interminable lista de títulos que componen la bibliografía sobre el tema, algunos que se han convertido en clásicos. La «Historia socialista de la Revolución Francesa», escrita por Jean Jaurès, constituye, precisamente, un ejemplo de ello: publicada en español por la editorial valenciana Sempere hace ya varios decenios, Grijalbo nos ofrece ahora la extensa «Introducción» de

la obra, que contiene un exhaustivo análisis de las causas que impulsan el estallido revolucionario de 1789 (1).

Los planteamientos de Jaurès vienen a suceder, y en cierta medida a desplazar, la interpretación dada por Michelet acerca de la participación del pueblo en la etapa revolucionaria. Precisamente, la «Historia socialista» proporciona un nuevo enfoque, más afinado, de esta visión «desde abajo» del período que se abre con la participación de las masas. Hay que recordar que hasta Mathiez, la tradición historiográfica burguesa, en Francia, reivindicaba los valores proclamados en la revolución, pero condenaba en bloques el período jacobino. Una corriente histórica hostil por anticipado no es el mejor punto de partida para interpretar, y mucho menos para comprender una etapa ya de sí compleja. La obra iniciada por el historiador humanista que fue Jean Jaurès, sería completada años más tarde por Georges Lefebvre con su estudio de la acción de las masas campesinas durante la época revolucionaria, y por el historiador Albert Soboul, a quien se debe un profundo análisis de las clases populares urbanas. Jaurès supo plasmar, en el trabajo introductorio que hoy comentamos, los múltiples factores que se acumulan para producir la violenta crispación popular desencadenante de un proceso que, una vez en marcha, se verá acelerado en cada tramo —hasta la crisis del Directorio— por el dinamismo de las fuerzas actuantes. Un examen prolijo, pero palpitante, nos describe el efecto asfixiante de las cargas feudales sobre la vida rural que era, al fin, el motor de la economía nacional. La acumulación de cargas sobre las espaldas de los campesinos; los privilegios de que gozaba la nobleza, entre los que se contaba estar eximidos de la presión; los nuevos beneficiarios, provenientes de la alta burguesía financiera o funcionaria y que arribaban a una nobleza de segunda fila por compra de títulos nobiliarios, eran todos factores que conformaban un cuadro nada favorable a los que trabajaban la tierra. Durante el antiguo régimen, monarquía y nobleza llevaron de manera desordenada e irresponsable la maquinaria del Estado moderno francés. En una frase que

(1) Jean Jaurès, *Causas de la Revolución Francesa*, Barcelona, Grijalbo (ed. Crítica), 1979.



resume el núcleo de las contradicciones que encerraba el comportamiento de la realeza, nos dice: «Por eso se vieron condenados a una política incierta y contradictoria. Por un lado, limitaban el poder de la nobleza y contenían el de la Iglesia cuanto les parecía necesario para la grandeza y libertad del poder real; por otro, no se atrevían a pedir a la nobleza ni a la Iglesia los sacrificios que habrían convertido en adictos a la monarquía a burgueses y villanos.

Habían destruido el sistema medieval, abriendo así el camino a todas las fuerzas de movimiento de la burguesía, de la industria, del comercio y del pensamiento, pero no podían seguir hasta el fin aquellas fuerzas de movimiento, medio emancipadas o aceleradas por ellos; tenían que quedarse atrás y perecer en aquel aborrecible «antiguo régimen», compromiso equivoco de feudalismo y modernismo en que el espíritu feudal, la actividad capitalista y la rutina corporativa chocaban en un caos de impotencia». Jaurès destaca la presencia de dos grandes fuerzas potencialmente revolucionarias que, a fines del siglo XVIII, actuaron como aceleradoras de la acción revolucionaria: la madurez intelectual de la nación francesa, y la madurez social de la burguesía. En este punto discrepa con la interpretación que sobre la conciencia filosófica del siglo se ofrece en la obra de Taine. Allí donde este último ve tan sólo espíritu abstracto, Jaurès percibe la profunda agitación social de los diferentes sectores que impulsan la vida intelectual del siglo XVIII fran-